



LA ENTREVISTA FINAL

JUAN PABLO VILLALOBOS. Lagos de Moreno, Jalisco, 1973. Escritor mexicano afincado en Barcelona desde 2003, Premio Herralde. Su última novela, 'La invasión del pueblo del espíritu' (Anagrama), ha resultado ser bastante profética.

«Cuando emigras, te conviertes en un traidor»

LETICIA BLANCO

Pregunta.— ¿Cómo lleva el encierro?

Respuesta.— De momento bien, pero ya se me acabó el mezcál. Tengo papel higiénico, arroz, pasta, aceite, pero no tengo mezcál, ¿en qué diablos estaba pensando?

P.— ¿Y sus hijos?

R.— Tienen ya 13 y 10 años, lo llevan bastante bien, mejor que mi pareja y yo, incluso. El mayor, en plan adolescente *hikikomori*, nos dice cada noche, burlándose: 'no entiendo por qué os agobiáis tanto'.

P.— ¿Algo que no hacía antes y ahora sí?

R.— Estiramientos por la mañana. Yoga de vez en cuando. Ayer hice una rutina de abdominales. Como no salgamos pronto acabaré siendo una persona sana. ¿Un consejo? Leer caminando. O caminar leyendo. A mí me llena de una paz infinita, cercana a la locura.

P.— Entre la presión a los bazares «lejanorrientales» y los virus alienígenas le ha salido una novela muy profética, ¿qué miedo, no?

R.— ¡Hay hasta una teoría conspiranoica que dice que el coronavirus habría llegado del espacio en un meteorito! Supongo que los escritores se anticipan un poco a la realidad. No creo que sea una casualidad. Hace unos meses me di cuenta de que había un planteamiento narrativo recurrente entre los trabajos de mis alumnos de escritura: un personaje se queda encerrado en un lugar del que no puede salir. Una cuarentena forzada, digamos. Varios están escribiendo sobre pandemias. Es eso que llaman espíritu de la época, supongo.

P.— El racismo sobrevuela toda la novela, ¿qué le interesa de él?

R.— El miedo al otro, nuestra incapacidad de comprender a aquellos que son diferentes a nosotros. El racismo es un discurso paranoico que culpa al diferente de que la realidad se haya vuelto una amenaza. Hay que estigmatizar al más diferente, porque así no queda duda de que la culpa no la tenemos nosotros.

P.— También está la idea de que los que no emigran tienen cierta superioridad moral sobre los que sí se han ido, ¿le ha pasado?

R.— Es inevitable. Te distancias de tu lugar de origen y pierdes la legitimidad de pronunciarte sobre lo que pasa ahí; te vuelves una especie de traidor. El que se fue, el que nos abandonó. ¿Qué derecho tiene ahora a venir a decirnos nada? ¡Si ni siquiera vive aquí, ya no sabe cómo son las cosas, el país ha cambiado!

P.— ¿El ideal de la integración y el feliz cos-



ANTONIO MORENO

mopolitismo multicultural es imposible?

R.— Creo que, mientras sigamos pensando a nuestras sociedades en clave identitaria, sí, es imposible. No se trata de lograr una sana convivencia a través de la tolerancia. Lo que debería importar es tu participación en esa comunidad. Pero no solo en el plano económico, con ese cálculo capitalista de que el buen inmigrante es aquel que tiene un saldo positivo entre lo que produce y lo que consume de servicios públicos. Los Estados, en ese sentido, son un lastre, con todo su peso identitario, sus fronteras, su historia nostálgica.

P.— ¿Cómo se explica que el presidente de México le quite hierro al coronavirus?

R.— Hay que entender a quién le habla López Obrador, no sacarlo de contexto. México es un país donde más de la mitad de la población

es pobre y vive al día: ¿cómo le vas a pedir a quien no tiene qué comer que haga cuarentena? Es un escenario muy complicado. La solución sería una renta básica universal por dos o tres meses y, entonces sí, exigir la cuarentena. De lo contrario nos enfrentamos a un dilema terrible: pandemia o estallido social.

LA ÚLTIMA PREGUNTA

¿LO QUE ESTÁ PASANDO CAMBIARÁ LA FICCIÓN? Es

pronto para saberlo. Pero sí creo que sería un error caer en la literalidad: ponerse a escribir la novela del coronavirus, el diario de la cuarentena, el poema de la pandemia. Quien crea eso es porque entiende la realidad como un botín a saquear y la literatura como un medio para lucrar.